

FELICIEN ROUSSEAU, *Courage or Resignation and Virtue. A Return to the Sources of Ethics*, Les Editions Bellarmin, Montréal, 1987, 272 pp.

Este libro de Rousseau se presenta como un examen de la virtud de la fortaleza que, según su autor, permitiría devolvernos a las fuentes de la ética. Rousseau ya había ensayado un camino similar de retornar a esas fuentes a través del análisis de un asunto concreto, pero ciertamente secundario dentro de la sistemática de la filosofía moral (cfr. *La croissance solidaire des droits de l'homme*, Paris-Tournai-Montréal 1932, que oportunamente hemos comentado en estas mismas páginas: XLII [1987] 156-157). Por este lado, se advierten no pocas dificultades al configurarse el regreso a las fuentes de la ética estudiando aquello que fecunda en la institución de determinadas virtudes morales ejercibles por el ente humano, sea la justicia —en el libro recién citado—, sea la fortaleza —como en el caso que nos ocupa—, sobre todo si se pretende que la inteligencia de los basamentos de la filosofía práctica sea compatible con los principios sostenidos por Santo Tomás de Aquino. No fue éste, desde luego, el camino empleado por el Doctor Angélico para fundamentar la ética. El planteo de Rousseau, por consiguiente, es demasiado unilateral y paso a paso delata la ausencia de un método apropiado para el cumplimiento de los propósitos consignados en su subtítulo.

El tratamiento de la fortaleza es emprendido a la vista de los textos tomistas relativos a esta virtud. Pero no parece convincente que la fortaleza pueda ser destacada satisfactoriamente como virtud moral mediante su confrontación dialéctica con la agresividad o con la violencia. La teología tomista de las virtudes morales, enigmáticamente calificada por Rousseau como *pluralista*, va mucho más allá de una mera confrontación con ellas y, por supuesto, de un parangón con las versiones contemporáneas del significado de los *ataques* padecidos por el hombre en la historia. Es lícito, entonces, preguntarnos si con ello no nos aproximamos a una visión sensiblera de los actos de violencia y de las agresiones contra el hombre, como si la fortaleza emergiera a la manera de una pura preservación de la integridad humana, aunque sublimada por la perfección entitativa de quien pueda ser objeto de tamañas acometidas. Tal vez sea por ello que Rousseau tiene singularmente en cuenta el testimonio de Bonhoeffer, en quien se potencian sus opiniones adjuntándoles sus sufrimientos vividos en prisión; mas esto no da razones para atribuir al pensador protestante la intención de “un retorno a la ética aristotélico-tomista” (p. 35).

El traslado de las cláusulas de la ética de Santo Tomás al estudio de ciertas cuestiones discutidas en los días que corren no pide el vuelco del espíritu de esa ciencia a los moldes de la problemática de última hora, ya que un procedimiento tal termina vaciándola de su elemental significado atemporal, que es lo que a la postre garantiza que sea válida en cualquier época, aun en la nuestra. Esta es la objeción principal que nos merece el esquema adoptado por el autor para exponer su teoría del retorno a las fuentes de la filosofía moral.

MARIO ENRIQUE SACCHI